

Jorge Riechmann

JORGE RIECHMANN (Madrid, 1962) es poeta, investigador en el Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud (ISTAS) de CC.OO., ensayista y profesor universitario (área de filosofía moral). En su faceta de traductor literario, en el año 2000 recibió el Premio Stendhal de traducción por su versión de *Indagación de la base y de la cima* de René Char, una de sus pasiones poéticas más constantes; también como poeta ha ganado varios galardones. Algunos libros de poesía: *Cántico de la erosión* (Hiperión, Madrid 1987). *Cuaderno de Berlín* (Hiperión, Madrid 1989). *Amarte sin regreso* (Hiperión, Madrid 1995). *El día que dejé de leer EL PAÍS* (Hiperión, Madrid 1997). *Muro con inscripciones* (DVD, Barcelona 2000). *Desandar lo andado* (Hiperión, Madrid 2001). *Poema de uno que pasa* (Fundación Jorge Guillén, Valladolid 2003). *Un zumbido cercano* (Calambur, Madrid 2003).

Ven, te acompaño

La palabra *acompañar* es una de las más hermosas de la lengua castellana.

Aparece ya en el *Cantar de Mío Cid* (1140); en su etimología encierra el compartir el pan.

Acompañar, quizá la forma básica de la atención, que es la virtud primera del ser humano.

Un anciano que se encamina hacia las últimas preguntas agradece ser acompañado. También la niña que ingresa en el zumbante matorral de enigmas necesita ser acompañada. Pero, de forma quizá menos obvia, desde la diáfana soledad de cada uno, todos y todas precisamos ser acompañados.

No tanto la estaticidad y formalidad de la compañía, como ese acompañar que está en movimiento, acompañando al que se mueve, más cordial y cercano.

El amor tiene algo de excesiva montaña rusa entre el cielo y el infierno. Los sabios psicoanalistas nos dicen que la relación sexual no existe. Y resulta dudoso que consigamos nunca ayudar al otro, en el sentido más riguroso del término. En cambio, siempre podemos acompañarle un trecho de camino.

Desde las formas más fáciles de acompañar –acariciar a la gata rumorosa- hasta las situaciones extremas de acompañar donde no se puede acompañar: el agonizante, la parturienta. (Pero los seres humanos no salimos adelante sin hacer lo que resulta imposible hacer, por lo menos varias veces al día.)

La falta peor en que podríamos acaso incurrir, ¿no es haber rehusado acompañar a quien mudamente de verdad lo necesitaba?

No puedes responder a la pregunta del otro, pero sí que puedes acompañarle mientras recorre su propia formulación.

Precisamente porque no hay respuestas y el tiempo pasa: acompañar.



Teología política del resto irrepresable

Encauzar es necesario. Todo el trabajo de lindes y de acequias, de nume-
rología y diccionarios. Pero siempre, al final de tantos loables esfuerzos,
surge incontenible la fuerza de un resto que no tolera cauce alguno.

Ayer supimos que compartimos con el hermano ratón noventa y nueve
de cada cien genes, y lanzamos un suspiro de alivio: si desaparecemos de
la faz de la Tierra, bastará con dejar trabajar a la naturaleza un rato, ape-
nas cien o doscientos millones de años, para que vuelvan a ser posibles el
genocidio y la poesía.

Administrar es necesario. Intentar llegar a acuerdos razonables, dar a cada
cual lo suyo, juntar fuerzas para acometer los trabajos útiles para todos.
Y sin embargo, en la hora vigésimo quinta se muestra siempre un pájaro
inesperado que, con un raro grito o un chascarrillo incomprensible, rela-
tiviza las sagradas aspiraciones y llega a desbaratar los consensos laborio-
samente logrados.

Irrepresable resto último, con todo vuestro poder de destrucción y salva-
ción: en Vos confío.

La belleza de la huelga general

Con independencia de todos los valores ético-políticos que pueda tener
una huelga en una situación determinada, en ella hay algo valioso en
cuanto tal, más allá de las circunstancias concretas que la enmarcan: su
carácter de interrupción del curso maquinal de las cosas.

Es un corte potencialmente capaz de romper el desastre hacia el que se
encamina el mundo. En el universo del tardocapitalismo, lo maquinal es
el principio de muerte, y tenemos que saludar la discontinuidad como una
afirmación de vida.

Frente a la dictadura del “tiempo real”, la demora.

Frente a la brutal coacción de lo inmediato, la articulada delicadeza de las
mediaciones.

Frente al abaratamiento de la palabra (condicionado por las mejoras téc-
nicas en el campo de las telecomunicaciones), el valor de la reticencia y el
silencio.

Frente a la falsa autoridad de la imagen, la dignidad del hueco.

Frente a la tiranía del trabajo muerto, frente a la demagogia de la nor-
malidad, la restallante belleza de la huelga general.

(del libro *Un zumbido cercano*)

Preguntar si un poeta tiene que ocuparse de cuestiones ético-políticas (dicho de manera más simple: si tiene que tratar, en sus obras, acerca del mal y de la justicia) es como preguntar si un elefante tiene que usar la trompa. Habría que devolver la pregunta a quienes la formulan: ¿por qué pensáis que los elefantes no deben usar sus trompas? En poesía “todo es cuestión de abrir o cerrar”, sabía Juan Ramón Jiménez.

Aunque sé que puede resultar un poco provocativo, me gustaría mantener abierto el arco que va de la extrema comunión a la extrema soledad. Por ejemplo, entonces, estos dos libros básicos: *La marcha de 150.000.000* de Enrique Falcón (Germanía, colección Hoja por ojo, Alzira 1998) y *el Informe de la carretera abandonada* de Miguel Ángel Bernat (Libertarias, Madrid 1986). De este último y “secreto” libro (que para más inri se publicó en una colección de “nueva narrativa española”): “Al final del jardín está brillando el jardín sin fondo”. (Podría trazar arcos de latitud análoga entre Antonio Orihuela y Jesús Aguado, o entre Eladio Orta y Antonio Méndez Rubio, o entre Isabel Pérez Montalbán y Olvido García Valdés, o entre Menchu Gutiérrez y Juan Carlos Mestre...)